



Bien común

Las lecturas de la misa de estos días nos traen a los Apóstoles empezando sus hechos o gestas. Les escuchamos decir, ante las autoridades legítimas que les mandaban callar: “tenemos que obedecer a Dios antes que a los hombres”. Si ayer hablábamos de la confirmación, hoy vemos a los confirmados en acción valiente. Obedecer significaba hablar de “lo que habían visto y oído”. Eso que habían visto y oído era el Resucitado y, con él, una imagen nueva del hombre que renovaba el proyecto del Creador. A partir de esta obediencia a Dios, que había actuado en la historia, los cristianos empezaron a tener influjo en la sociedad. No lo hicieron incidiendo directamente sobre el poder establecido y el gobierno, sino más bien desde una imagen nueva de la persona, la que habían visto y oído en el resucitado, llamada a la comunión y destinada a la unión con su Creador.

Todo esto que nace en la Pascua nos ayuda a reflexionar sobre la palabra “bien común”. Bien común significa, no solo aquellos bienes que ayudan a muchos individuos separados, sino el hecho de que la comunión misma de los hombres es un bien. Los cristianos acogieron este concepto de bien común porque entendían que todos los hombres comparten un mismo bien, porque han sido creados por el mismo Padre. A la vez vivieron este bien común como algo que no se podía alcanzar sin más en este mundo, que es un camino para la verdadera patria, más allá de la muerte.

Este tiempo de pandemia plantea varios retos al bien común. Es un tiempo en que ha tenido que intervenir mucho el estado. Esto puede justificarse por la situación de emergencia. Pero la Iglesia recuerda, a su vez, uno de sus principios centrales de bien común: la subsidiariedad. Este principio afirma que la sociedad no se edifica desde arriba, desde el estado, sino desde las personas y sus relaciones. Por eso, la subsidiariedad afirma que el estado al servicio de aquello que puede hacerse desde la persona y la sociedad, empezando por su célula básica en la familia. Este principio se deduce de la frase de los Apóstoles: hay que obedecer a Dios antes que a los hombres, pues Dios es quien ha escrito en el corazón de la persona su dignidad única, y ha llamado a esa persona a la comunión con los hermanos y con Él.

El bien común nos habla también de la vocación del gobernante. Esto es importante hoy, que tan poca confianza hay en la clase política. Un peligro que vemos en esta situación es el del político que se lava las manos y dice que no hace más que seguir el parecer de los técnicos, normalmente los epidemiólogos. Este parecer técnico de la ciencia es ciertamente importante. Pero no podemos olvidar que las decisiones sobre la sociedad en este tiempo difícil son decisiones que tocan al bien común, y no puede decidir las el técnico. La ciencia, que se limita a observar un aspecto de la realidad, por su mismo método, no puede tener la visión de conjunto sobre el bien completo del hombre. Es una simplificación pensar que la ciencia tiene las respuestas, y más cuando se trata de un virus nuevo, y han faltado las condiciones mínimas para llevar a cabo el método experimental propio de la ciencia.

Las decisiones de fondo, bien informadas por el parecer técnico, no son decisiones técnicas. Son decisiones de bien común, que requieren la participación y el debate de todos, porque todos somos responsables del bien común, y exigen especialmente una respuesta del gobernante. La gran cuestión que se abre es la cuestión del bien, el bien de la persona y de la sociedad, un bien unitario, que acomune los distintos puntos de vista de las distintas ciencias, la psicología, la sociología, la medicina, la economía...

“Obedecer a Dios antes que a los hombres”. La respuesta de los Apóstoles contiene una luz, porque solo desde Dios se consigue el punto de vista unitario para entender cuál es el bien del hombre y el bien de la sociedad. Significa, sobre todo, entender que la salud y el mantenimiento de la vida física no puede ser un valor absoluto. Si esto fuese así, entonces justificaríamos la esclavitud, obedeciendo a cualquier hombre antes que a Dios, para salvar el pellejo. La fe en el Creador, aquel por quien se vive, nos dice que existe lo justo y lo verdadero, que da sentido a la vida y permite encontrar una solución unitaria. Proclamando la primacía de Dios, proclamaban los Apóstoles la posibilidad de un bien común, y aportaban una gran riqueza a la sociedad humana. ¿Podemos recuperarlo hoy, en tiempos de coronavirus?